

lo sublime de lo ridículo, ofreciendo sin piedad el desengaño de esos sueños, que son, no obstante, la vida de la juventud, y á veces el móvil de verdaderas virtudes, de generosos impulsos, siquiera sean imprudentes. Bajo aquella perpétua risa, al través de la oposición que establece entre la materia egoísta de suyo, y el espíritu que se lanza á toda especie de sacrificios, ora se ría de aquella, ora se compadecía á este, se trasluce el descontento que apenas el ánimo de Cervantes al ver desconocidos y sin recompensa los generosos sentimientos que en su juventud le habían lanzado á los campos de batalla, y hecho soportar con heroica constancia los tormentos de la esclavitud; al paso que en la gloria no halló tampoco mas que amarguras, ingratitudes y desengaños. Él, el primer escritor de su siglo, se veía pospuesto en las regiones del favor y de la gloria á la miserable turba que sabe adular, y llamó tan poco la atención de sus contemporáneos, que no sabían estos á punto fijo dónde murió, así como ignoraban dónde había nacido. Nunca conoce el hombre su propio mérito mejor que cuando se ve despreciado; y sin duda por esto escribía Cervantes con cierta complacencia al fin de la obra que debía inmortalizarle: *Aquí cide Hamete Benengeli dejó su pluma á tal altura que nadie se atreverá á volverla á coger.*

Y en efecto, ninguno le iguala en la grandeza y claridad de la invención, en el atrevimiento de las pinceladas, en la instrucción que revela de continuo sin jactancia, ni en la manera de razonar, que nos hace reír en la infancia y meditar en la edad madura; en una palabra, el *Quijote* durará tanto como las alucinaciones heroicas y el buen sentido egoísta; tanto como los dorados delirios de los utopistas, y los obstáculos que embarazan un mundo, en el cual cada día que pasa nos arrebatá una ilusión (1).

Pero Voltaire sentó equivocadamente « que España solo ha producido un buen libro que pone en ridículo todos los demas. » Cervantes figura tambien entre los fundadores del teatro español, y no es ciertamente de los menos notables. Oigámosle para venir en conocimiento del estado del arte dramático en su época: « No puedo dejar (lector carísimo) de suplicarte que me perdones si vieres que en este prólogo salgo algun tanto de mi acostumbrada modestia; los dias pasados me hallé en una conversacion de amigos, donde se trató de comedias, y de las cosas á ellas concernientes, y de tal manera la sutilizaron y atildaron que á mi parecer vinieron á quedar en punto de toda perfeccion: tratóse tambien de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia; yo como el mas viejo que allí estaba

dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento; fué natural de Sevilla y de oficio batihaja, que quiere decir de los que hacen panes de oro; fué admirable en la poesia pastoril, y en este modo, ni entónces ni despues acá ninguno le ha llevado ventaja; y aunque por ser muchacho yo entónces no podia hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho, y si no fuera por salir del propósito de un prólogo pusiera aquí algunos que acreditarán esta verdad. En el tiempo de este célebre Español todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadameco dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados poco mas ó menos. Las comedias eran unos coloquios ó églogas entre dos ó tres pastores y alguna pastora; aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufian, ya de bobo y ya de vizcaíno, que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacia el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse; no habia en aquel tiempo tramoyas ni desafios de Moros y Cristianos á pié ni á caballo, ni habia figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual componian cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos, ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas; el adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo que llaman vestuario, detras de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algun romance antiguo. Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba (donde murió) entre los dos coros, donde tambien está enterrado aquel famoso loco Luis Lope. Sucedió á Lope de Rueda, Naharro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de un rufian cobardé; este levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y en baules, sacó la música que ántes estaba detras de la manta al teatro público, quitó las barbas de los farfantes que hasta entónces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen cureña rasa, si no eran los que habian de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafios y batallas, pero esto no llegó al sublime punto en que está ahora (y esto es verdad que no se nos puede contradecir, y aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza), que se vieron en los teatros de Madrid representar los Tratos de Argel que yo compuse, la Destruccion de Numancia y la Batalla naval, donde me atreví á

(1) Sirve casi de complemento indispensable al *Don Quijote* el voluminoso comentario de Don Diego Clemencin (1763-1838), análisis minucioso del carácter y costumbres de los Españoles desde 1580 á 1630.

reducir las comedias á tres jornadas de cinco que tenían, ó (por mejor decir) fui el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro con general y gustoso aplauso de los oyentes. Compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojada; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barauda; tuve otras cosas en que ocuparme, dejé la pluma y las comedias y entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes, llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas (que es una de las mayores cosas que puede decirse) las ha visto representar ú oído decir (por lo ménos) que se han representado, y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él solo: pero no por esto (pues no lo concede Dios á todos) dejen de tenerse en precio los trabajos del doctor Ramon, que fueron los mas despues de los del gran Lope: estimense las trazas artificiosas en todo extremo del licenciado Miguel Sánchez, la gravedad del doctor Mira de Amescua, honra singular de nuestra nacion; la discrecion é innumerables conceptos del canónigo Tárrega, la suavidad y dulzura de Don Guillermo de Castro, la agudeza de Aguilar, el rumbo, el tropel, el boato, la grandeza de las comedias de Luis Vélez de Guevara y las que ahora están en jerga del agudo ingenio de Don Antonio de Galarza, y las que prometen las fulleras de amor de Gaspar de Ávila, que todos estos y otros algunos han ayudado á llevar esta gran máquina al gran Lope.»

De aquí se deduce que cuando los principales poetas italianos protegidos por señores hacian gala de sus conocimientos en el arte, y desplegaban gran pompa en los teatros, los de España se veían casi á merced de saltimbánquis. Pero á su origen popular debe el teatro español su índole independiente, ajena á las imitaciones clásicas y á las prescripciones de escuela, conservando su carácter nacional. En Italia no produjo el arte un drama que viviese; al paso que entre los extraños abundaron las creaciones originales que se consideran como el punto culminante de la dramática romántica.

Proponerse un fin, un sentimiento, un hecho y desarrollarlos bajo todos los aspectos posibles sean los que fueren los medios que para ello se empleen, tal es el arte de los dramáticos españoles. No se prestan, como los Franceses, á dar razon de cada incidente ni á complicar la trama por solo el placer de desenlazarla, sino que ponen en juego encontradas pasiones, cuyo contraste forma el enredo. No se ciñen á las unidades ficticias, que obligan á veces á faltar á la

verdad (1), sino que presentan los acontecimientos unos tras otros, aunque se verifiquen en diferentes y remotos tiempos y sitios, imitando cuanto les es posible la naturaleza y los efectos de las pasiones, y pretendiendo que el drama sea por su forma verdadera poesia, amalgamada con los adelantos del arte. Respecto al fondo, sin divorciar el arte de la edad média ni del Cristianismo, adquirieron una originalidad, tanto mas notable cuanto en los demas géneros de literatura imitaron servilmente á los extranjeros.

Dividían las comedias en *divinas y humanas*, y las primeras en vidas de Santos á imitacion de los misterios, y en autos sacramentales casi siempre alegóricos, para celebrar la fiesta del Santísimo. Las humanas eran heroicas, históricas, mitológicas ó comedias de capa y espada que describían la sociedad. Prefiriéronse, no obstante, los autos sacramentales, tanto que en tiempo de Felipe IV el consejo de Castilla al dar su asentimiento para que volviesen á abrirse los teatros pasado el luto de los cinco años, mandó que las representaciones se limitasen « á asuntos de buen ejemplo, tomados de la vida de los Santos ó de los que muriesen de un modo edificante, sin que interviniese en ellos para nada el amor (2). » Las representaciones pasaron de las iglesias al teatro, y de aquí nacieron los prólogos llamados loas, los entremeses y los sainetes, farsas ingeniosas y malignas, aderezadas con música y baile. Tenían por objeto principal las comedias entre los antiguos las intrigas amorosas y palaciegas, incomprendibles para quien no estuviese acostumbrado á verlas en la vida, como lo estaban en general los Españoles, entre quienes la aficion á correr aventuras habia despertado tal curiosidad, que hasta en el teatro querian variedad de incidentes y sorpresas y emociones; de modo que á haberse encerrado en los estrechos límites del arte, el teatro hubiera sucumbido. Con tal de crear situaciones y complicar el enredo, prescindían de la verosimilitud: la fábula se enmarañaba; amontonaban galanterías, que no solo carecían de delicadeza, sino que se resentían de falta de decencia y ponían en juego pasiones violentas, perfidias y hasta trañerías justificadas por el amor; pero nada, sin embargo, tan digno de llamar la atencion como su indiferencia por el derramamiento de sangre.

El célebre Lope de Rueda, batidor de oro, comprendió que el lenguaje de la comedia debía, en cuanto fuera posible, imitar al natural, y por esta razon se sirvió de la prosa, en lugar de la florida poesia que hasta entónces habia estado en uso. No es, sin embargo, el primer autor dramático, como asegura Cervántes y varios

(1) En el siglo xvi insistía el rector Pinciano en que se observasen los preceptos aristotélicos: Juan de la Cueva abogaba por la libertad como mas adecuada á los tiempos y á la imaginacion.

(2) Los autos sacramentales fueron prohibidos en 1765, reinando Carlos III.

gun otro, por el respeto y el entusiasmo en cuanto atañe á su nacionalidad.

Lope de Vega Carpio, natural de Madrid, secretario del duque de Alba, tuvo una juventud galante ó mejor dicho borrascosa, y entre varias aventuras que refiere sin rubor alguno en la *Dorotea*; desterrado despues á causa de un desafio sirvió en la invencible armada, hasta que desolado su espíritu por la muerte de dos mujeres, y por los engaños de las que él engañaba, se hizo sacerdote. Fué capellan de una congregacion instituida para socorrer á los sacerdotes pobres, y mas de una vez se le vió recoger en las calles enfermos y cadáveres; sirvió por espacio de veintisiete años la direccion de familiares del Santo Oficio, lo que no le impedía escribir dramas con los mismos sentimientos y la misma voluptuosidad y atrevimiento que ántes de abrazar su nuevo estado. Dotado de una imaginacion riquísima y con gran facilidad de expresion, terminaba en un día un drama de dos mil versos, lleno de sonetos, tercetos y décimas: y mas de cien composiciones suyas

« En horas veinte y cuatro pasaron de las musas al teatro, »

como él mismo dice, no dando apenas tiempo á los empresarios para leerlas. De este modo compuso mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales (1); además de veintinueve volúmenes de poesías sueltas, entre las que figuran cinco poemas épicos, la *Jerusalén conquistada*, en veinte cantos en octavas, la *Belleza de Angélica*, en igual número, otro que tiene por protagonista á Circe, otro á Maria de Escocia, y otro contra el almirante Drake. Hay quien ha tenido la paciencia de calcular que escribió veintinueve millones y medio de versos, de los que se deduce que desde el principio de su vida hasta el fin, debió componer tres mil por semana: no se concibe cómo pudo tener tiempo para coordinar planes, consultar historias y enterarse de las costumbres de las épocas de que escribía.

Sacó gran utilidad de sus trabajos, pero con la misma facilidad que ganaba el dinero lo gastaba en obras de caridad y en lujo; fué ensalzado en vida, y gustó de todas las dulzuras de la gloria; y es fama que la gente se agolpaba en la calle para ver al monstruo de la naturaleza, al fénix de los ingenios (CERVANTES); el papa le mandó títulos y honores, y en sus funerales repetidos tres días oficiaron tres obispos (2).

(1) Sus últimos biógrafos, en particular Damas Hinard, reducen el número de sus comedias á mil quinientas y el de los autos sacramentales á trescientos: la mitad no fueron impresas y de estas puede calcularse que se ha perdido otra mitad: ninguna biblioteca reunirá cuatrocientas.

(2) Fulvio Testi cantaba su muerte de este modo:

Cuanto escribí y cantó todo fué de oro:
...Y aprendan las poetas en su ejemplo
Cómo es posible eternizar un nombre
En versos que no ofenda al decoro.

historiadores: la primera composicion de este género fué confeccionada por el marques de Villena para celebrar las bodas de Fernando de Aragon, y pereció con sus demas obras devorada por las llamas de la Inquisicion: despues puso en accion el marques de Santillana el combate de Ponza entre Genoveses y Aragoneses, hallado en Paris por Martínez de la Rosa no hace mucho tiempo. Juan de la Encina compuso *églogas*, es decir, diálogo, entre pastores, en las que él mismo representaba el papel principal y en las que se aludia á sucesos del país, intercalando en ellas danzas, y concluyendo con canciones y escenas bufas. La primera se representó el mismo año de la conquista de Granada. Siguió la *Celestina*, de que ya hemos hablado, y en el siglo xvi aparecieron ya algunas verdaderas composiciones teatrales. Bartolomé de Tórres Naharro, prisionero de los Moros, hallándose en Roma despues de rescatado, compuso algunas comedias que se representaron en la corte de Leon X. Feliz en la eleccion de asunto y en la pintura de caractéres, no carece de facilidad, pero se resiente de licenciado como la corte en que escribía; y aunque sacerdote y á vista del papa, atacó despiadadamente á la Iglesia. Sus composiciones, aplaudidas en Roma, fueron prohibidas en España, como las que en Alemania escribió Cristóbal del Castillejo, secretario de Fernando I de Austria; y por esta razon fueron desconocidos aquellos ensayos de los historiadores y aun en su país, en el que, ó se reproducía á Plauto y Ariosto, ó se continuaban las farsas populares. Cuando la corte se fijó en Madrid, se estableció en él el teatro, y comenzaron á aparecer cómicos insignes.

Gracias á Cervántes, dejaron la tragedia y la comedia de ser un tejido artificioso (1), convirtiéndose en una pintura, tomada del natural, de los padecimientos ó de las ridiculeces humanas, con objeto de excitar cualquier sentimiento. Al pintar en la Numancia el indomable amor patrio que hizo preferir á sus hijos la muerte á la esclavitud, no se detiene en describir el contraste de pasiones particulares ó de caractéres individuales, sino la confusion y el espanto de un campo de batalla, de una ciudad asediada y tomada; figuran en esta obra España querellándose, Proteo vaticinando la guerra, el hambre y las enfermedades, y hay sacrificios y nigromancias. Pero ¡cuánta impresion debió causar en el ánimo de hombres tan celosos de su independencia, defendida contra los extranjeros, y amenazada entónces por sus mismos reyes! En los *Tratos de Argel* pinta los padecimientos de los esclavos cristianos y excita á su rescate; son una serie de episodios mas bien que una accion, escritos con la verdad de quien relata su propia historia. La mayor parte de sus dramas son históricos y patrios; pues el teatro español se ha distinguido siempre, como nin-

(1) De este modo distingue las composiciones, no por sus tendencias alegres ó tristes, sino por la mayor ó menor eleccion de los personajes que intervienen en ellas.

De la precipitación con que escribía no puede esperarse delicadeza de forma, mucho más complaciéndose, como se complacia, en aumentar las dificultades atestando sus dramas de acrósticos, juegos de palabras, ecos, y otras combinaciones de pésimo gusto, que no exigen genio sino tiempo. Tampoco puede atribuirse nada de esto á la inspiración, mal educada, porque él mismo dice: «Es preciso que los extranjeros reparen que en España no se sujetan las comedias á las reglas del arte. Yo las he hecho tales como las he encontrado, porque de otro modo no se comprenderían».... Y añade:

«No porque yo ignorase los preceptos
Gracias á Dios...
Mas porque al fin hallé que las comedias
Estaban en España en aquel tiempo
No como sus primeros inventores
Pensaron que el mundo se escribieran,
Mas como las trataron muchos Bárbaros
Que enseñaron al vulgo sus rudezas;
Y así se introdujeron de tal modo
Que quien con arte ahora las escribe
Mueré sin fama y sin galardón...
Verdad es que yo he escrito varias veces
Siguiendo el arte que conocen pocos;
Mas luego que saí por otra parte
Veo los monstruos de apariencias llenos,
Adonde acude el vulgo y las mujeres
Que este triste ejercicio canonizan,
Á aquel hábito bárbaro me vuelvo.
Y cuando he de escribir una comedia
Encierro los preceptos con seis llaves,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio
Para que no me den voces, que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos...
Lo trágico y lo cómico mezclado
Y Terencio con Séneca, aunque sea
Como otro Minotáuro de Pasiphae
Harán grave una parte, otra ridícula:
Que aquesta variedad deleita mucho:
Buen ejemplo nos da naturaleza
Que por tal variedad tiene belleza.»

Con tal que haya unidad de acción y no episodios tales que puedan separarse de ella sin destruir todo el edificio, deja al poeta en libertad de poner en escenas aun historias que duren muchos años.

«Cosa que tanto ofende á quien lo entiende,
Pero no vaya á verlas quien se ofende.
¡Oh! cuántos de este tiempo se hacen cruces
De ver que han de pasar años en cosas
Que un día artificial tuvo de término
Que aun no quisieron darle el matemático;
Porque considerando que la cólera
De un Español sentado no se templó,
Si no le representan en dos horas
Hasta el juicio final desde el Génesis;
Yo hallo que si allí se ha de dar gusto
Con lo que se consigue es lo más justo...
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron,
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto (1).»

¿Solo besos y abrazos Helicon
Tiene? ¿solo á Salmácis en la fuente
Y Adónis en el bosque? Mas perdona,
Bella Italia, si crees que imprudente
Mi voz te agravia: porque envilecido
El toscano cantar, por la lascivia
Que ya en todas las plumas se ha ingerido,
Es hoy virtud mostrar torpes y rudas
Las Musas, prostitutas y desnudas.

Saqueo de Mantua. En las bodas de Margarita Farnesio y Francisco II de Este.

(1) Arte nuevo de hacer comedias.

¿Dónde se ve aquí la santa independencia del genio? ¿dónde la sagrada inspiración que al través del laberinto de la vida busca el único hilo que puede servirle de guía? Y no obstante, Lope de Vega es considerado, y con sobrada justicia, como verdadero poeta, por su portentosa inventiva, su espléndida forma, su ardiente imaginación, su poético lenguaje y esos arranques de genio que en vano intentará el arte producir. Estudió la historia de su patria, no con objeto de buscar en ella la verdad, sino para acomodar ciertos hechos á las intrigas de sus dramas, que son, las más veces, novelas dialogadas, en las que aparece mezclando lo serio con lo ridículo, lo vulgar con lo sublime, lo sencillo con lo extraordinario, pero sin intención de instruir ni de criticar, sino solo por tener fija y embebecida la atención. Aun no se había doblegado la independencia del carácter español ante los Austriacos, y el sentimiento de la dignidad del hombre, tan profundo en los pechos castellanos, prevalecía sobre la tiranía, que por otra parte, ni sabía, ni se atrevía, ni quería todavía valerse de medios violentos de opresión. Lope dice que á Felipe II no le agradaba que se sacasen los reyes á la escena, y sin embargo, sacó á cuantos había tenido España, incluso el mismo Felipe.

Algunos caracteres son comunes á todos sus dramas, pues en todos ellos aparecen lo mismo que en Italia los enmascarados, y en primer lugar figuran el viejo, el galán, la dama, el escudero, la dueña, y especialmente el gracioso ó caricato, personaje indispensable en todo drama español. El gracioso es la antítesis del galán, así como Don Quijote es la antítesis de Sancho: este valiente y enamorado, todo galanterías y flores, se halla siempre dispuesto á dar fortuna y vida por su honor y su amor; aquel, ser esencialmente positivo, solo piensa en vivir y en cubrir las necesidades de la vida, corteja á tres ó cuatro doncellas á la vez, y templó el idealismo de su señor con su buen sentido práctico, y á veces excita la risa y á veces inclina el ánimo á serias reflexiones. Cuando, por ejemplo, el galán invita al gracioso á que le siga á la guerra, le responde:

MANRIQUE. — Podrá ser
que vaya, mas será á ver
por tener mas que decir,
no á matar, quebrando en vano
la ley en que vivo y creo
pues allí explicar no veo
que sea Moro ni Cristiano;
no matar dice y los dos
esto me veréis guardar,
que yo no he de interpretar
los mandamientos de Dios (1).

Los demás caracteres que presenta Lope se resentían de poco estudiados ó mal desarrollados, siguiendo por lo general la regla tan en boga entonces de que *el amor todo lo disculpa*:

(1) *Á secreto agravio, secreta venganza.*
(Comedia de CALDERÓN.)

abundan además en sus dramas las traiciones, las truhanerías, los duelos y los asesinatos: en los asuntos religiosos intercala alegorías, y fué gran partidario de los golpes escénicos y de los espectáculos maravillosos.

Yo nunca he podido comprender el verdadero sentimiento religioso amalgamado con el odio, la cólera ó las pasiones ardientes y satisfechas, aun cuando es cierto que esto es preferible al fatalismo material del teatro antiguo, y al materialismo del moderno (1): en Lope, no se hallarán ciertamente las vacilaciones de la conciencia, ni la duda más leve sobre la naturaleza de las acciones humanas, ni en los desenlaces nada que sea contrario á la moral, sino una vivacidad continua é irreflexiva, bien distinta por cierto de la amargura, que en épocas críticas experimentaron los hombres de corazón y que tan palpablemente se ve en Shakespeare.

Lope, lleno de gloria durante su vida, y aun de dinero, si hemos de dar crédito á algunos de sus biógrafos (2), dedicó una comedia á su hijo de quince años de edad, que es uno de sus primeros trabajos, encabezándola con esta carta: «Y si por vuestra desdicha, vuestra sangre os inclinara á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepáis versos de memoria ni los digáis á nadie, que mientras menos tiviereis desto, tendréis más de opinión y juicio, y en esta materia lo que os importa es seguir vuestros estudios sin esta rémora; no busquéis, Lope, ejemplo más que el mío, pues aunque viváis muchos años, no llegaréis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir más premio, y tengo como sabéis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo, cuyas flores me divierten cuidados, y me dan concetos. Libraréis con esto de que os conozcan, que por la opinión de muchos es gran desdicha, y así tenía por je rogífico un hombre docto de este tiempo un espejo en un árbol á quien unos muchachos tiraban piedras con esta letra *periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sujetos, prosa y verso,

y tantos papeles sueltos de varios sujetos que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones y cuidados, perdido el tiempo preciosísimo, y llegado á la *non intellecta senectus*, que dijo Antonio, sin dejaros más que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada el *Verdadero Amante*, quise dedicaros por haberla escrito de los años que vos tenéis; que aunque entonces se celebraba, conoceréis por ella mis rudos principios: con pacto y condición que no la toméis por ejemplar para que no os veáis escuchado de muchos y estimado de pocos. Dios os guarde.»

Don Pedro Calderón de la Barca, natural de Madrid, dedicado en sus primeros años al ejercicio de las armas, y favorito de Felipe IV, cantó á fuer de poeta cortesano al que tan mal llevaba los desgarrados girones del manto de Carlos V, y trató de divertir su hastío: ensalzó igualmente á cuantos nobles le pagaban: no varió de inclinación al hacerse clérigo, y llegó á una gran vejez cargado de honores (1). Comenzó su carrera á los trece años con el *Carro del Cielo*, y la terminó á los ochenta y uno con *Hado y Divisa*. Se distinguen sus obras por la maravillosa exuberancia de imaginación, la creación de caracteres, de particularidades, de descripciones, de sentimientos, de poesía, ora sublime, ora patética, pero afeada por la afectación y las digresiones. Si Calderón y otros muchos no cayeron en la trivialidad, lo deben á haber escrito en una lengua en la que se puede ser sencillo y natural sin ser vulgar, en atención á que las expresiones más usuales son también las del lenguaje poético.

Tenia á la vista la decadencia de su nación, y no se resintió de ella; pues no hallando ejemplos vivos de virtud y generosidad, tuvo que recurrir á su imaginación, y de aquí que algunas de sus obras carezcan de verdad: exageró el vicio y la virtud, pintándolos con un lenguaje afectado y conceptuoso (2). Por lo demás, tam-

(1) Cuando en 18 de abril de 1844 fueron trasladadas las cenizas de Calderón al panteón que le estaba destinado, se puso en escena aquella noche en el teatro *Á secreto agravio, secreta venganza*.

(2) En *Amar después de la muerte*, Don Álvaro Tuzani, uno de los Moros sublevados en las Alpujarras, halla á su amada herida por un Español y agonizando:

CLARA. Solo una voz ¡ay bien mío!
pudo nuevo aliento darme,
pudo hacer feliz mi muerte:
deja, deja que te abraze,
muera en tus brazos, y muera... (Muere.)

D. ÁLV. ¡Oh cuánto, cuánto ignorante
es quien dice que el amor
hacer de dos vidas sabe
una vida! — pues si fueran
esos milagros verdades,
ni tu murieras, ni yo
viviera, que en este instante
muriendo yo y tú viviendo
estuviéramos iguales.
Cielos, que vistéis mis penas;
montes, que miráis mis males;
vientos, que oís mis rigores;
llamas, que veís mis desares

Calde-
ron.
1600-87.